

Por el Dr. José Arce

NOTAS DE VIAJE (*)

El 2 de octubre, en hora temprana, como que aún no había salido el sol, un avión de la "Eastern Lines", aterrizaba- en el aeródromo de Nueva York y me ponía, nuevamente, en contacto con la más grande de las naciones del mundo actual: los Estados Unidos.

Había salido de Buenos Aires el 27 de septiembre y llegado a Miami el 30 del mismo mes; pero debí permanecer un día en esta última ciudad, porque no me fué posible conseguir asiento en el avión diurno del 1º de octubre.

La guerra submarina y la consiguiente ausencia de transporte marítimo, ha aumentado considerablemente el número de pasajeros por avión y nos obliga a los partidarios del transporte aéreo a sufrir el rigor del régimen de las prioridades que no se había hecho sentir en ese medio de Jocomoción antes de la guerra.

El viaje fué felicísimo. Desgraciadamente Río de Janeiro nos pareció deshabitada; en la Avenida Rio Branco no se veía un solo automóvil. La falta de gasolina es otra de las consecuencias de la guerra submarina. Como de costumbre, el profesor Monteiro se constituyó en nuestro ángel tutelar y pudimos hacer una carrera hasta Copacabana para saludar a mi viejo amigo el Dr. Escobar, nuevo Embajador argentino. Al llegar a Belem, segunda escala del viaje, pudimos admirar una de las bocas de ese inmenso mar de agua dulce que es el río Amazonas. En Port of Spain (Trinidad), tercera escala, tuvimos la sorpresa de un oscurecimiento de ensayo mientras comíamos.

(*) A pedido del Director del Instituto de Clínica Quirúrgica y para ser publicados en el "Boletín" del mismo, me he decidido a coordinar y redactar algunos recuerdos de mi reciente viaje a los Estados Unidos.

El mismo día de mi llegada a Nueva York supe que veinticuatro horas antes, la Academia de Medicina me había incorporado a su seno.

No tenía el propósito de dar conferencias científicas, ni a mano los elementos necesarios para prepararlas; pero habiendo sido invitado a tomar parte en el "Fortnight" acerca de las enfermedades del sistema nervioso, que debía iniciarse poco después en la Academia, me pareció que no tenía el derecho de rehusar. Preparé algunas carillas acerca del tratamiento de urgencia de los traumatismos craneanos y aproveché la oportunidad para rendir homenaje a Balado, quien, como es sabido, hizo sus estudios de neurocirugía en Rochester, al lado de Adson.

Mensajes de solidaridad.—Por iniciativa mía, que el Decano profesor Palacios Costa tuvo la deferencia de apoyar, habíamos redactado y suscripto un mensaje de solidaridad destinado a algunas de las escuelas médicas de los Estados Unidos. Como la documentación fué improvisada pocos días antes de mi partida, no fué posible, ni solicitar la adhesión de todos los profesores de la Facultad, ni dirigirse a todos los muy importanteá centros de estudio de aquel país. Una vez en Nueva York, remití a su destino la mayor parte de esos mensajes y decidí entregar personalmente los que estaban dirigidos a las Escuelas de Columbia, Cornell, Harvard y Temple, aprovechando mi estada en la gran ciudad, donde residen las autoridades de las dos primeras, y mis visitas ya proyectadas para entonces a las ciudades de Boston y Filadelfia, sede de las dos últimas. Oportunamente haré llegar al señor Decano las contestaciones recibidas.

Bancos de sangre.—Por mediación del Dr. Martin, cirujano del "Memorial Hospital", donde trabaja nuestro compañero de tareas el Dr. Enrique P. Viacava, obtuve del Dr. Cornelius Rhoads —cuyas múltiples atenciones agradezco una vez más—, cartas de presentación para visitar la Oficina de Dadores Voluntarios de Sangre de la Cruz Roja que funciona en la 5ª Avenida, en pleno centro de Manhattan, y la planta industrial de Lederle en Pearl Rivers, a unas 50 millas de la ciudad, en el Estado de Nueva York.

Visité, además, los Bancos de Sangre del New York Hospital (Cornell University) y del Memorial Hospital, en

Nueva York, del Massachusetts General Hospital, en Boston, y del Hospital Naval en Washington.

Me he referido al Memorial Hospital. No quiero omitir que aproveché esa visita para saludar a un viejo amigo, el eminente cancerólogo James Ewing y a George Pack, el brillante cirujano que nos visitó hace pocos meses.

El gobierno nacional me había encomendado un estudio de todo lo referente a hematoterapia. Espero algunos documentos que han de llegarme, en breve, por vía marítima, para redactar el informe oficial a que esa comisión me obliga; pero no veo dificultad alguna en adelantar, en estas notas, a los lectores del "Boletín del Instituto de Clínica Quirúrgica", lo referente a la organización del Centro de Dadores Voluntarios de Sangre, que dirige la Cruz Roja, y al proceso de preparación de plasma desecado. Como es sabido, este último, una vez en manos del gobierno americano, es destinado al ejército, a la marina y a la aviación, enviándose al propio tiempo, gruesas partidas a las organizaciones sanitarias de los países y ejércitos aliados de los Estados Unidos.

La Oficina que la Cruz Roja Americana sostiene en Nueva York está exclusivamente destinada a recibir sangre. Acuden a ella todas las personas dispuestas a cooperar en la tarea que se ha impuesto el gobierno americano de constituir una gran reserva de plasma sanguíneo desecado .

La mencionada oficina funciona mañana y tarde; diariamente se practican alrededor de 600 extracciones de sangre. Como se puede apreciar, por esto, la contribución de sangre a que, en defensa de su patria, están obligados todos los ciudadanos, puede cumplirse, concretamente, sin necesidad de incorporarse a las fuerzas armadas que luchan en los frentes de batalla.

Los dadores voluntarios son previamente anotados en un registro y luego interrogados a fin de establecer sus condiciones de salud. Se anotan, además, la temperatura y el pulso, pero se atribuye la mayor importancia al interrogatorio, sin proceder al examen físico general. Esta conducta simplifica el trámite y hace innecesaria la intervención de un gran número de médicos. Cumplidas estas condiciones que permiten excluir a las personas que ofrecen algún inconveniente, el donante tiene acceso al **vestiaire** y a la sala de sangrías, donde funcionan 26 camillas atendidas por

nurses especializadas, bajo la vigilancia de un par de médicos. Cada **nurse** atiende dos camillas, entre las que se encuentra una mesa con los elementos necesarios. Mientras la sangre de un donante corre por simple gravitación al frasco que la recibe, la **nurse** se vuelve hacia la otra camilla y practica la punción venosa del donante que acaba de acostarse en ella. Acuden hombres y mujeres.

La región del pliegue del codo es higienizada con una solución jabonosa, luego con alcohol y tintura de yodo y nuevamente con alcohol. Después se infiltra la piel situada sobre la vena que ha de ser puncionada con un par de gotas de una solución anestésica, a fin de asegurar que la punción sea absolutamente indolora.

Los frascos en que se recibe la sangre son de una capacidad uniforme (650 c.c.). Pueden recibir medio litro de sangre, además de los 50 c.c. de una solución de citrato de sodio al 4% que ya contienen en el momento de ser esterilizados.

La boca del frasco está cerrada con un tapón de goma atravesado por dos tubos de vidrio, uno de los cuales está conectado con la aguja de punción, por medio de un conducto de goma, mientras el otro se continúa, también, a expensas de una conexión de goma, más corta, con una pequeña ampolla de vidrio llena de algodón. La aguja de punción, a su vez, está resguardada dentro de un tubo de vidrio para impedir su contaminación. El conjunto forma un sistema cerrado que es esterilizado dentro de una bolsa de tela fuerte de algodón. En estas condiciones llega a manos de la **nurse** que no tiene más que extraer el sistema del interior de la bolsa que lo contiene, retirar la aguja del tubo que la protege, e introducirla en la vena.

Recogidos 500 c.c. de sangre, se coloca una pinza fuerte que aproxima y ocluye ambos conductos de goma inmediatamente por encima de su conexión con los tubos de vidrio y con tijeras se secciona el conducto de goma conectado con la aguja, la que ha sido previamente introducida en un pequeño tubo de vidrio que recoge los 3 o 4 c.c. de sangre contenidos en el referido conducto. Esta pequeña cantidad de sangre es utilizada, ulteriormente, para efectuar las reacciones serológicas.

Terminada la pequeña operación y después de un breve reposo, el dador pasa a un refectorio contiguo a la sala de sangrías donde bebe café caliente, jugo de fruta, etc.

En algunos centros, los dadores voluntarios, después de la tercera donación, reciben un distintivo, que pueden llevar a la vista y acredita su generosidad y hace propaganda entre quienes inquietan acerca de su origen.

Cuando sobreviene una lipotimia, síncope, etc., se suspende la extracción de sangre y se mantiene al dador en reposo, en una sala contigua, durante todo el tiempo que resulte necesario.

Los frascos y los pequeños tubos anexos con el número y nombre de cada dador son enviados inmediatamente al sótano del edificio, donde se les coloca, primero en una nevera y luego en portafrascos de madera, frigoríficos, especialmente dispuestos para el transporte. En ambos casos se les mantiene a una temperatura que oscila alrededor de 5°; en ningún caso esa temperatura debe descender a 0°.

Los referidos portafrascos frigoríficos están divididos por tabiques que se cruzan perpendicularmente a la manera de un panal. Cada hueco cuadrangular recibe un frasco de sangre, al que están vinculados el tubo de vidrio con la sangre destinada a las reacciones serológicas y las tarjetas que determinan el nombre y número del respectivo dador. Están preparados para recibir 40 o 60 frascos de sangre, superpuestos en varios estratos. Un dispositivo especial permite colocar hielo alrededor, con el fin de que la temperatura se mantenga al nivel a que antes nos hemos referido.

Durante la noche los portafrascos, que algunas veces transportan hasta 300 litros de sangre, son enviados en camiones especiales a la planta industrial que la firma Lederle tiene instalada en Pearl Rivers (Nueva York), a poco más de una hora de viaje de la ciudad.

El gobierno de los Estados Unidos tiene celebrado un contrato con Lederle, de acuerdo con el cual esta firma se obliga a entregarle un número determinado de dosis de plasma sanguíneo desecado (300 gramos), listo para su empleo terapéutico.

La oficina de la Cruz Roja a que me vengo refiriendo cuenta con un personal de 6 médicos y 38 nurses.

A los dadores cuya sangre es rechazada, por cualquier motivo, se les informa acerca del motivo del rechazo y se les aconseja que visiten a su propio médico.

La Cruz Roja Americana tiene organizadas 18 oficinas semejantes en todo el territorio de la Unión, en las ciudades más importantes del Este, del Medio-Oeste y del Pa-

cífico. Computada toda la sangre recogida en dichas oficinas, alguna vez ha recibido gratuitamente hasta 16.500 litros de sangre en una semana, lo que hace un total de

33.0 dadores voluntarios en igual período.

Como se deduce de lo expuesto, la Cruz Roja Americana se limita a recoger sangre que ha de ser utilizada en la preparación de plasma sanguíneo desecado.

En los hospitales es donde se encuentran establecidos los principales centros de almacenamiento de sangre total, en substancia, para ser transfundida. Estos son los verdaderos "Bancos de Sangre".

El procedimiento de sangría es el mismo, con la diferencia de que, previamente, al inscribirse el dador, se le "agrupa", para saber de qué tipo es su sangre y para saber si la sangre es o no apta para ser utilizada (reacción de Kahn negativa o positiva). Habitualmente se agrega una maniobra que no he visto utilizar en la Cruz Roja: la agitación de la sangre a fin de que se mezcle bien con la solución anticoagulante (citrato de sodio al 4 %).

Así proceden, por ejemplo, en el Memorial Hospital.

Una vez averiguado que la sangre es apta para ser transfundida, y el tipo a que pertenece, se la deposita en la Caja fuerte del Banco, que es una nevera de cuya llave sólo puede disponer una persona. La duración del depósito varía según los Bancos entre diez y veinte días, transcurridos los cuales la sangre no transfundida como tal, es utilizada para preparar plasma sanguíneo, el cual, en cambio, puede ser conservado durante mucho tiempo, en estado líquido o después de haber sido Congelado.

Los Bancos de sangre trabajan en los grandes hospitales como las instituciones de crédito del mismo nombre, trabajan en el comercio.

Las diferentes clínicas o servicios del hospital necesitan sangre. Personas de las familias de los pacientes que en ellos se asisten, amigos de los mismos, del hospital o de los médicos, son enviados al Banco de sangre con especificación de su procedencia. Verificada la sangría y "agrupada" y depositada la sangre, el Banco abre crédito a la clínica o servicio que envió al dador y como consecuencia le facilita sangre llegado el caso de que algún enfermo de esa clínica o servicio lo requiera.

En algunos hospitales se usa el sistema de la cuenta, individual y cuando el enfermo que puede necesitar una

transfusión no ha enviado uno o más dadores se le obliga a depositar 50 dólares que, como es natural, le son acreditados y devueltos en caso de que no haga uso de su crédito de sangre. Pero si el enfermo requiere una transfusión, el dinero queda de propiedad del Banco que lo puede utilizar en comprar sangre o cualquier otro material necesario. Conviene advertir, sin embargo, que los "dadores profesionales" tienen cada vez menos oportunidad de negociar su sangre. Sea dicho de paso que conceptúo mala la política de prescindir del dador profesional; especialmente en tiempo de paz.

Los Bancos de sangre son y deben ser, al mismo tiempo, Bancos de plasma. Por razones económicas y por razones terapéuticas. Por razones económicas, porque después de un cierto tiempo que varía entre cinco y diez días, conviene transformar en plasma, la sangre "en depósito" que no haya sido utilizada como tal. Por razones terapéuticas, porque hay afecciones que requieren ser tratadas con plasma sanguíneo y no con sangre; otras en que la indicación se llena mejor con plasma que con sangre y finalmente otras en las que conviene utilizar ambos remedios.

El plasma puede ser separado de los elementos figurados de la sangre sea por decantación, sea por centrifugación. Una vez transvasado según métodos rigurosos con el propósito de evitar toda contaminación, se mezclan plasmas procedentes de distintas sangres (**pool**) y se lo almacena, agregándole sustancias conservadoras (mertiolato en proporción de 1 por 10.000; sulfanilamida en proporción de 1 por 5.000).

Plasma desecado.—El plasma desecado puede conservarse indefinidamente. Facilita, por eso, enormemente la plasmoterapia y desde este punto de *vista su preparación* en gran escala y de acuerdo con procedimientos seguros y relativamente sencillos representa uno de los más grandes progresos terapéuticos de los últimos años.

No sería difícil que, terminada la guerra, se emplee exclusivamente o casi exclusivamente el plasma desecado, por la facilidad de su manejo y por la conveniencia de afrontar su preparación en gran escala.

En este último caso será necesario recurrir a organizaciones, impuestas por la guerra, pero que pueden ser de gran utilidad en tiempo de paz. Me refiero a la instalación

de plantas industriales destinadas a la manipulación de la sangre y que ésta sea gratuitamente ofrecida.

Tales plantas industriales no son posibles, por eso, sin una decidida colaboración del pueblo y ésta no se podrá obtener mientras no se funden "Bancos de sangre" en 20 o 25 hospitales y "Centros de Dadores Voluntarios de Sangre" en la Capital Federal y las grandes aglomeraciones urbanas que la rodean.

El Instituto de Clínica Quirúrgica ha promovido la iniciativa; convendría que se fundaran centros similares en La Plata, Lomas de Zamora, Avellaneda, San Justo, Morón, San Martín y Vicente López. Andando el tiempo, Rosario, Córdoba, Tucumán, Mendoza y Bahía Blanca podrían ser asiento de plantas similares para surtir el Litoral, el Centro, el Norte, el Oeste y el Sudoeste de la República.

Como es natural, conviene empezar por la más simple, o sea por los Bancos de sangre. Cada uno de los grandes hospitales de Buenos Aires debiera tener uno. El gobierno de la provincia de Buenos Aires acaba de inaugurar dos: uno en La Plata y otro en Haedo; pero faltan "Bancos" a lo largo de las grandes rutas pavimentadas y en los cruces de los caminos; en Dolores, en Mar del Plata, en Tres Arroyos, en Bahía Blanca, en Azul, en Mercedes, en Junín, en Pergamino y en San Nicolás. Faltan, además, cuando menos en cada uno de los hospitales más importantes de las capitales de las otras 13 provincias argentinas sin contar Rosario, Concordia y Río Cuarto.

Estos Bancos de sangre surtirían de sangre y plasma líquido a los enfermos y a los accidentados de las regiones respectivas y crearían un ambiente favorable en la masa del pueblo, una vez instruido de que una y hasta tres sangrías por año son inofensivas e indoloras y que dando sangre "hoy por mí, mañana por tí", se ofrece un remedio que no se puede encontrar en la farmacia y que hace falta **todos los días** para salvar muchas, pero muchas vidas, en las que alguna vez puede figurar la propia.

En los Bancos de sangre de los hospitales mejor dotados y de las ciudades más populosas se prepararía plasma líquido y en tres o cuatro de ellas (Buenos Aires, La Plata, Rosario y Córdoba) se podría preparar plasma desecado en pequeña escala.

En el Memorial Hospital de Nueva York, el Dr. Cornelio P. Rhoads, su director, ha organizado una instalación

para desecar plasma. Se trata de un aparato sencillo, cuyo *costo oscila alrededor de 250 dólares que permite desecar* hasta 10 ampollas de 500 c.c. en un día. Después de congelar el plasma, se lo deseca y conserva, todo ello en la misma ampolla de cristal que, finalmente, es cerrada, en vacío, con soplete oxhídrico. Cuando se lo desea, usar, el plasma es reconstituido en la misma ampolla y queda listo para ser inyectado.

Este sistema podría ser empleado en los centros más adelantados y con personal más idóneo, a fin de almacenar el plasma en esta forma.

A propósito del personal idóneo conviene no olvidar que todas las maniobras para obtener sangre, plasma líquido y plasma desecado y para transfundirlos, llegado el caso son sencillas, pero **requieren un enorme cuidado y un conocimiento exacto de la técnica**. Es indispensable por eso, no fundar Bancos de sangre, hasta no disponer de personal idóneo. El Centro que la Facultad de Ciencias Médicas mantiene en el Hospital de Clínicas, puede ser el campo de instrucción y preparación de todo ese personal; conviene no olvidar que ésa es y debe ser una de las funciones específicas de nuestra Escuela.

No quiero terminar con lo referente a este tema sin decir que la creación de plantas industriales para la preparación de plasma desecado, obliga a resolver, entre nosotros, tres problemas económicos sociales conexos: a) las plantas deben trabajar con una utilidad moderada fijada por el Estado; b) el precio del plasma desecado para los dadores de sangre debe ser reducido (precio de costo); c) el precio para los que no han dado sangre, porque no quisieron darla, porque no podían darla, o porque su sangre no era apta para ser utilizada, deben ser más alto que el anterior. Todo ello con las excepciones exigidas por la situación económica de los pacientes.

La terapéutica con sangre humana no puede servir para hacer utilidades en provecho de nadie y mucho menos en provecho de individuos o compañías. Además, el Estado, o quien lo reemplace en la tarea de preparar plasma sanguíneo desecado, no debe comprar sangre; por eso es necesario instruir previamente al pueblo a fin de que éste la done.

La terapéutica con sangre humana ha adquirido una importancia que no es necesario recalcar y que ¡guala si

no supera a la de los sueros y vacunas específicas. En consecuencia no es posible que el Estado se desentienda de los diversos problemas que dejo planteados.

Me he referido antes de ahora a la planta industrial que la firma Lederle tiene instalada en Pearl Rivers (Nueva York) para preparar plasma desecado. Pude visitar y fui gentilmente atendido por sus directores y técnicos doctores W. G. Malcolm, B. W. Carey y Edwin Voigt.

CorriQ ya manifesté la sangre que manipulan procede de la Oficina de la Cruz Roja en Nueva York; una vez acondicionada es transportada, en camiones, durante la noche, hasta la referida planta. Por la mañana, inmediatamente después de su arribo, se practican las reacciones de laboratorio a fin de desechar la sangre no apta. Luego se la centrifuga y se separa el plasma. Se mezclan después los diferentes plasmas obtenidos (**pool**) y finalmente se distribuye la mezcla así obtenida en frascos de 400 c.c. cuyo contenido es congelado. Por supuesto que todas estas operaciones se realizan manteniendo el material a baja temperatura y con las exigencias de asepsia necesarias para evitar toda contaminación. Los frascos con el plasma congelado son llevados luego a una instalación de vacío que permite operar con numerosos frascos a la vez y se procede a la desecación del plasma; en esta etapa se eleva la temperatura para facilitar la operación.

La fábrica posee una maquinaria especial destinada a destilar el agua que, una vez debidamente preparada, es distribuida en frascos de 500 c.c. exactamente iguales a los que contienen el plasma. Finalmente un frasco de plasma y otro de agua, con un equipo para inyección endovenosa (aguja, tubería de goma, etc.) son empaquetados en una caja de fibra a prueba de humedad. Previamente ambos frascos han sido encerrados separadamente dentro de una envoltura de hojalata. En estas condiciones el plasma se conserva indefinidamente y puede ser transportado a las más largas distancias.

Harvard.—Aproveché la amable invitación del profesor Churchill para visitar Harvard y Massachusetts General Hospital, donde trabaja el eminente cirujano.

El doctor Sidney Burwell, Decano de la Escuela Médica de Harvard, me recibió cordialmente y en una de las salas contiguas al gran comedor de la Escuela, me obse-

quió con un almuerzo en compañía de algunos profesores. Fué en esa oportunidad que le entregué el mensaje de los profesores argentinos que suscribe, en primer término, nuestro Decano el profesor Palacios Costa.

Pocos días estuve en Boston, pero resultaron bien aprovechados. Dos veces vi trabajar a Churchill. Todo cuanto se diga de la insuperable técnica de este cirujano es poco. Aúna la precisión, la sencillez y la seguridad. Por difícil que sea la lobectomía o neumonectomía que practica, llega, uno por uno, los elementos del pedículo. Hasta el más pequeño vaso es controlado. El bronquio es suturado y cubierto con pleura pediculada o libre. Las operaciones duran una, dos o tres horas según las circunstancias, pero la técnica impecable, la transfusión sanguínea y la buena preparación de los enfermos hacen que estos soporten las grandes exéresis endotorácicas como si fuesen una de tantas operaciones corrientemente practicadas.

Churchill está un poco desilusionado en la lucha contra el cáncer del pulmón; me mostró su estadística, clasificada y estudiada en detalle; me habló extensamente de lo conseguido hasta ahora y recogí una impresión más bien pesimista. Podría preguntarme: ¿qué diremos nosotros? Y me contestó: ¡proseguir con más empeño!

En cambio me dijo que la tuberculosis bien localizada ofrecía un vasto campo de acción a la terapéutica quirúrgica; en este sentido se refirió no solamente a los resultados obtenidos, sino que, también, al problema económico-social que actualmente plantea al médico y a la sociedad, la tuberculosis pulmonar. Y recordé por un momento los ensayos de Lawson, de Tuffier y de Doyen. ¿Volveremos a ellos?

Además de proporcionarme la satisfacción de verle manos a la obra, en la sala de operaciones, Churchill me agasajó en forma que obliga mi reconocimiento. Me hubiera sido grato demostrárselo invitándolo a que nos visite, pero desgraciadamente para nosotros me parece que sus deberes de ciudadano y de ciudadano especialmente útil, lo han de acercar, en breve plazo, a los campos de batalla más que a nuestras playas.

Me habló con un especial afecto, y gran elogio de nuestro camarada el Dr. Jorge A. Taiana quien, como es sabido, trabajó a su lado aproximadamente, un par de años. En prueba de la muy alta consideración que le dis-

pensa, me propuso un nuevo viaje de nuestro joven e inteligente colaborador a quien ofrece una situación destacada en la Universidad de Harvard y en el Massachusetts General Hospital.

Advertí en Boston —una de las grandes ciudades del Este donde se cultiva el mejor idioma y se paga tributo a las cosas del espíritu— un gran deseo de aprender y difundir el castellano.

_ La señora del Dr. George Cheever Shattuck, distinguido profesional vinculado a Harvard, preside una Asociación "The Pan American Society of Massachusetts" con sede en una de las grandes avenidas de la ciudad. Como su nombre lo indica se trata de un hogar para todos los americanos, hombres y mujeres especialmente estudiantes, quienes encuentran allí un centro social y cultural tendiente a fomentar la vinculación interamericana y especialmente el conocimiento de los dos grandes idiomas de América: el castellano y el inglés. Invitado a una reunión en que se inauguraba un curso de castellano, hube de hablar a pedido de la señora de Shattuck y lo hice, como es de suponer, aplaudiendo el noble propósito que inspiró la fundación de la Sociedad.

Los esposos Shattuck que disfrutan de una holgada posición —y esto hace más loable la iniciativa de Mrs. Shattuck— nos ofrecieron la oportunidad de conocer una de las más hermosas mansiones de la comarca invitándonos a comer en su magnífica posesión de Brooklin a pocas millas de Boston.

Estuve en Peter Bent Brigham Hospital donde veinte años hace había visto actuar a Cushing y donde ahora actúa mi grande y noble amigo el profesor Elliot Cutler; pero Cutler no estaba en su puesto. Se encuentro "en un lugar" de Inglaterra al frente de la sanidad de las fuerzas norteamericanas allí destacadas. Sus dos hijos varones estaban, uno en Annapolis (Escuela Naval) y otro en West Point (Escuela Militar). Recuerdo aún con cuán honda preocupación me dijo a mediados de 1940 que, en menos de un año, los tres estarían en las filas. Se equivocó por pocos meses.

Estuve también con Overholt quien me atendió deferentemente pero no me fué posible verlo en la tarea porque atenciones impostergables me esperaban en Nueva York.

John Hopkins, el Dr. Martin y las becas para médicos

argentinos.—Con motivo de las gestiones realizadas para obtener becas para jóvenes médicos argentinos que deseen perfeccionar sus estudios, tuve que hacer un viaje a Baltimore a fin de entrevistarme con el Dr. Lay Martin. Profesor de medicina interna en John Hopkins University, aproveché la ocasión para concertar con él una visita al célebre Hospital de dicha Universidad, en Baltimore, con el propósito de estrechar la mano de algunos amigos.

Así fué como visité a Dandy, mientras operaba, con la habilidad que es notoria, un enorme tumor del cerebro; a mi viejo y buen amigo Hugh Jung, quien, siempre joven, concurre diariamente a su servicio como en los mejores tiempos, y a Rienhoff, operador brillante, para quien la cirugía del tórax no tiene secretos.

Por la noche Martin nos reunió a comer en el Club y no puedo olvidar la curiosidad e interés con que Dandy —al parecer tan ajeno a estos temas— me interrogó de sobremesa, frente a un fuego acogedor, acerca de los motivos que fundan nuestra actitud internacional.

El Dr. Lay Martin es un internista joven e inteligente. Nos visitó hace poco. Me hizo un gran elogio de la obra de Escudero, que conoce bien. Me prometió ocuparse con doble interés, el de su patria y el de la intensificación de la cultura médica general, de mi proyecto sobre becas para jóvenes graduados argentinos que aspiren a aprovechar las enseñanzas técnicas y de todo orden que puede proporcionarles la medicina y especialmente la cirugía, durante el conflicto actual.

Si, como lo espero, se realiza este proyecto, tendré la satisfacción de haber prestado un gran servicio a la cultura médica de mi país. Ojalá que no sea el último.

El 8º Congreso Médico Panamericano.—La Asociación Médica Panamericana que presido debía haber celebrado su 8º Congreso, en Buenos Aires, en 1941. No fué posible realizarlo ni en 1941, ni en 1942, por causas derivadas de la guerra. Y como la duración de ésta no era previsible, el Comité Argentino me autorizó para que procurásemos su celebración en los Estados Unidos. Esta idea se funda en que la mayoría de los miembros de la Asociación son norteamericanos y en el momento actual no sería

posible atraerlos fuera de su país, aun cuando fuese con un propósito científico.

Felizmente el "Consejo de Regentes" de la Asociación aceptó el temperamento aludido y se convino, en principio, que la reunión tendría lugar en Nueva York, a fines de mayo del año en curso.

Con este objeto y a fin de asegurar el éxito del certamen, quedé encargado —y así lo he hecho— de gestionar ante los gobiernos de Venezuela, Colombia, Costa Rica, Ecuador, Perú y Chile, la designación de Delegados oficiales de dichos países. Me ocupo ahora de interesar en el mismo sentido a los gobiernos del Brasil, del Uruguay, de Paraguay y de Bolivia.

Sociedad internacional de Cirugía.—La ocupación de Bruselas, a principios de 1940, interrumpió toda relación con las autoridades de la Sociedad Internacional de Cirugía, residentes en dicha ciudad. El 12º Congreso Internacional de Cirugía debía celebrarse en Estocolmo en agosto de 1941; la situación europea lo impidió.

Entretanto la institución permanecía acéfala por la causa antes mencionada. En 1940, Cutler de Boston, Matas de Nueva Orleans, Pool de Nueva York y otros, con el apoyo del Colegio Americano de Cirujanos, propusieron trasladar, temporariamente, la sede de la Sociedad a alguna ciudad americana. Ocasionalmente se obtuvo la aquiescencia, con respecto a esta iniciativa, de parte del presidente de la institución Dr. Leopoldo Mayer quien, "de alguna manera", pudo comunicarse con el Dr. Matas.

Así las cosas, se me consultó sobre el particular y sobre sí, en mi carácter de Vicepresidente de la Corporación estaba dispuesto a hacerme cargo de la presidencia. Contesté que sí. El 12 de noviembre, nos reunimos en la Academia de Medicina de Nueva York y con la presencia o autorización escrita de los delegados: de los Estados Unidos, Dres. Matas y Pool; de Canadá, Dr. Saint Jacques; de Cuba, Dr. Presno; de México, Dr. Castro Villagrana; de Venezuela, Dr. de Bellard; del Perú, Dr. Denegrí; del Ecuador, Dr. Maldonado; del Brasil, Dr. Brandao; del Uruguay, Dr. Armand Ugon y de la Argentina, se resolvió: asumir temporariamente, el gobierno de la Sociedad Internacional de Cirugía; limitar su acción a las tres Américas; modificar en tal sentido el estatuto; incorporar un representante del Co-

legio Americano de Cirujanos (Dr. Alien) al Comité Ejecutivo y ponerme a cargo de la presidencia. Nos presidía el Dr. Pool y asistieron, además, algunos miembros eminentes de la prestigiosa institución (Lilientnal, Colp) y el Dr. Ashford, secretario de la Academia de Medicina, de la que éramos huéspedes en ese momento.

Se fijó como sede provisoria de la institución el local en que nos encontrábamos, gentilmente ofrecido por las autoridades, y fueron designados, secretario-tesorero el Dr. Rudolpn Matas y adjunto el Dr. Enrique J. Cervantes, encargado de la división interamericana de la propia Academia.

"América Clínica" la difundida revista fundada por el Dr. Castrof'iejo nos ofreció sus columnas y fué consagrada órgano provisional de la corporación.

Inmediatamente que termine la guerra cesarán estas determinaciones y el gobierno de la Sociedad Internacional de Cirugía volverá a las manos de las autoridades residentes en Bruselas. Se resolvió, además que, en la primera oportunidad y si posible fuese, de acuerdo con el Colegio Americano de Cirujanos, la Corporación celebrará el **mee- ting** científico que debió tener lugar en Estocolmo en el año 1941.

La Universidad Central de **Venezuela**.—El 30 de octubre, en Nueva York, recibí un cable del Rector de la Universidad de Venezuela quien, en nombre de dicha institución me invitaba para visitarla. EL Dr. Angulo Ariza invocaba, además, la representación del ministro de Educación. Acepté.

El 16 de noviembre un avión de la "**Panair**" salido de Miami en las primeras horas de la mañana me dejaba al promediar la tarde en el aeródromo de La Guaira, donde me dieron la bienvenida representantes de la Universidad y de los Ministerios de Educación y de Relaciones Exteriores. Me trasladé a Caracas (más de una hora de ruta en la montaña) en compañía del ministro argentino, Dn. Adolfo Calvo, quien había tenido la deferencia de acudir a recibirme.

La capital de Venezuela es una ciudad colonial que recién empieza a sufrir la influencia del urbanismo y de la arquitectura modernos. En algunas de sus arterias más centrales se percibe esa influencia, por la edificación que

se retira, a la manera de lo que ocurre en algunas de las calles de Buenos Aires que corren de Este a Oeste, con el propósito de ensancharlas. Pero las "urbanizaciones" de los alrededores son totalmente modernas, con amplias avenidas, árboles y espacios abiertos que alejan de la ciudad 'antigua' los barrios residenciales. En uno de ellos, el que ha formado el Country Club, se encuentra la Legación Argentina, de la que fui huésped repetidas veces.

El martes 17 de diciembre se inició el programa preparado que no debía interrumpirse hasta el lunes 23 fecha de mi partida para Colombia. Di dos conferencias en el aula mayor de la Universidad Central. Visité el Hospital Vargas que dirige el Dr. Hermógenes Rivero y realicé en él una sesión operatoria. Fui recibido por la Academia de Medicina en uno de cuyos sitios encontré a mi viejo amigo el Dr. Emilio Ochoa y donde al agradecer el saludo que, en nombre de la institución me dirigiera el Dr. Córdova, tuve el gusto de recordar el vínculo que, con tanto brillo, establecieron entre la cultura médica venezolana y argentina los Herrera Vegas, padre e hijo. Encontré al frente de la cátedra de Fisiología a Pi y Suñer, con quien visité el Gabinete de Medicina Experimental situado en la Avenida Argentina, frente a la estatua, muy hermosa por cierto, del Libertador San Martín. Visité luego la Maternidad modelo, que dirige el profesor Aguerrevere, instalada en un nuevo y cómodo local donde tuve el placer de recibir el saludo de la Dra. Colmenares, que ha perfeccionado sus estudios como residente, durante más de un año, en el Instituto de la Sociedad de Beneficencia que dirige mi eminente condiscípulo y amigo el profesor Peralta Ramos.

Una mañana dejamos la ciudad y me condujeron hasta "El Algodonal" donde se encuentra ubicado el soberbio sanatorio para tuberculosos "Simón Bolívar". Recibí la mejor impresión del establecimiento, de su organización y del trabajo que allí se realiza. Esa impresión fué mayor aún, cuando el profesor Baldo, su director, me habló de la Argentina y de sus fisiólogos, especialmente de Sayago, con respeto y gratitud por atenciones aquí recibidas.

Según supe después, el establecimiento costó mucho dinero; no obstante eso, el Dr. Baldo le hace rendir muy buena renta. Establecida la organización de la lucha contra la tuberculosis en todo el país, el gobierno venezolano ha tenido la buena idea de colocarla en manos jóvenes, enér

gicas y competentes, sin permitir influencias extrañas, en el cumplimiento del *programa trazado. Tal vez valdría la* pena imitar el ejemplo.

Antes de abandonar Caracas deposité una ofrenda floral al pie del mausoleo de Bolívar, en nombre del señor Presidente Castillo. Los restos del Libertador descansan en una iglesia transformada en Panteón Nacional. Una decoración imponente por su carácter y por su sencillez, agregada a la solemnidad de aquel templo histórico, crean un ambiente propicio a la meditación. Bolívar, Sucre, Páez, Urdaneta y hasta un mausoleo entreabierto y vacío, donde se echan de menos los restos de Miranda, perdidos en el mar cerca de Cádiz, dicen al visitante nacional o extranjero que los pueblos no son siempre desagradecidos.

En el palacio Miraflores tuve oportunidad de presentar mis respetos al señor Presidente de la República, General Medina Angarita.

De todas las ciudades que he conocido en mis andanzas por el mundo, Caracas es aquella donde la vida es más cara; pero conservo de ella el más simpático de los recuerdos .

El Dr. de Bellard me recibió en su casa sita en la "urbanización" del Country Club, con la esquisitez de un príncipe y la cordialidad de un viejo amigo. Mientras se lo agradecía me interrumpió y me dijo: "doctor, usted omite que hace algunos años operó a mi madre en Buenos Aires y la asistió con un cariño que ninguno de nosotros ha podido olvidar". Ante mi perplejidad, entró en detalles y comprendí que en aquel agasajo se mezclaban la cortesía y el reconocimiento. Lo que demuestra, de tiempo en tiempo, la sinrazón de Wilde cuando advertido por un amigo de que "fulano" hablaba mal de él, contestó "¡ignoro por qué; nunca le he hecho ningún servicio!"

El Dr. de Bellard es discípulo de Rudolph Matas, se formó en Tulane University (Nueva Orleáns) y representa a Venezuela en el seno de la Sociedad Internacional de Cirugía.

Visita a Bogotá.—Después de hacer escala el 23 en Barranquilla, donde la Facultad de Medicina y la Academia me adelantaron saludos de bienvenida, llegué a Bogotá el martes'24 de noviembre en horas de la mañana. El avión asciende, siguiendo el curso del anchuroso río Magdalena,

desde el nivel del mar hasta la altiplanicie (2.800 metros), donde se encuentra la capital de Colombia. El panorama es imponente.

.El Decano de la Facultad de Medicina y algunos profesores, representantes de la Academia y el señor Embajador de Venezuela me esperaban en el aeródromo de "La Sabana". Después de algunas visitas protocolarias se fijó el programa no menos nutrido que el de Caracas. Con el Decano profesor Iriarte, cuya cordialidad debo agradecer aquí, visité además de la Facultad, el Hospital de Niños donde es jefe de servicio y el Instituto del Cáncer cuya organización y funcionamiento me parecieron perfectos. Vale la pena recordar su origen. Una cuestión de límites amenazaba degenerar en conflicto armado. Un caballero se acercó al Banco de la República y depositó su anillo de bodas, a nombre del gobierno, con el propósito de que esta iniciativa cundiese y se formase un fondo para comprar armas y defender el país. Al día siguiente —una vez conocido el gesto— llovieron los anillos y otros objetos de oro y plata. Desde los más altos dignatarios de la república hasta la gente más humilde, ningún ciudadano deseaba ser menos que el aludido caballero. Aquel fondo metálico alcanzó a producir cerca de un millón de colombianos o sean dos y medio millones de pesos argentinos. Pero el litigio se arregló pacíficamente y el gobierno aprovechó aquel fondo de guerra, para una obra de paz, la de construir y equipar el Instituto que, vuelvo a repetirlo, no tiene nada que envidiar a los mejor dotados y organizados del mundo. Allí hay una buena cantidad de radio, rayos X, anatomía patológica, internistas y cirujanos, moviéndose en armónico equipo. "Y si lector dijeres ser comento como me lo contaron te lo cuento". El hecho tendría su precedente en la actitud de las damas mendocinas en 1816.

Realicé una sesión operatoria; fui recibido en la Academia de Medicina, la que me incorporó a su seno, después de escucharme una conferencia. Concurrí, además, a la Sociedad de Cirugía que me designó miembro honorario. A propósito de esta última. Funciona en el Hospital San José, fundado y organizado por acuerdo del núcleo de cirujanos que la constituyen, quienes, como puede suponerse, trabajan en la mejor armonía como si se tratase de un hospital cooperativo.

Con el eficaz apoyo del Dr. Rueda Vargas y de algunos de sus colegas de la aludida Sociedad, constituí el capítulo de la Sociedad Internacional de Cirugía, en la cual Colombia no estaba representada.

El Dr. Bejarano me interesó para que organizásemos una Exposición de libros y revistas de medicina argentinos. Parece que nuestra producción es apreciada y la guerra y el cambio favorecen el envío de nuestros libros. He solicitado un ejemplar de cada uno de los libros de medicina que circulan en el país y a estas horas navegan en un barco de nuestra flota mercante camino de Colombia. El señor Embajador argentino y el Dr. Bejarano, con el apoyo moral de la Facultad de Medicina de Bogotá, se ocuparán de organizar la exposición y de inaugurarla. Tal vez sea enviada después a Medellín, donde funciona otra escuela médica. Todo depende del resultado que se obtenga. Con esta información concreta y objetiva, nuestros colegas colombianos podrán pedir directamente a los editores de Buenos Aires los libros que les interesen. Mi responsabilidad termina con este envío y la he aceptado gustoso porque se trata de la difusión de nuestros libros, de un país hermano, y porque el Dr. Bejarano me aseguró que la intervención personal de un médico emprendedor y diligente, era el camino más corto para que la iniciativa se convirtiese en realidad. Tal vez tenga razón; esperemos los resultados. En cualquier caso me siento satisfecho de prestar este servicio a la cultura médica iberoamericana y a una mayor vinculación espiritual de los dos países. Las revistas médicas serán, también, expuestas con indicación del precio de suscripción anual y de la dirección del respectivo editor, a fin de asegurar el más rápido envío de los pedidos. Ulteriormente nuestros editores y los librerías colombianos harán lo demás; la cuestión finca en cargar el sifón. Así lo asegura, por lo menos, el simpático colega, que me sugirió la iniciativa.

El Decano Dr. Iriarte me invitó a visitar la **ciudad universitaria** y, como era natural, acepté. Se encuentra ubicada a diez minutos del centro de la ciudad. Ocupa una extensión aproximada de 200 hectáreas. La iniciativa pertenece al actual Presidente López y fué adoptada en su primera administración hace seis años más o menos. El Dr. López me ha referido con lujo de detalles la odisea de su proyecto; primero para obtener el predio y luego para im-

pedir que se malograra la idea. Felizmente volvió al gobierno y la obra está en marcha.

Comprende edificios para: Rectoría y Biblioteca; Aula magna; 12 casas con alojamiento para 970 estudiantes; 62 casas para un profesor cada una; Restaurantes; Clubs estudiantiles; Jardín infantil; Iglesia; Enfermería; Lavandería; Planta eléctrica; Estación para ómnibus con 8 garages; Playas de estacionamiento; Institutos de Pedagogía, Sociología, Filosofía, Historia, Psicología, Botánica y Mineralogía; Facultades de Derecho, Medicina, Arquitectura, Farmacia y Odontología; Departamentos de Zoología y Antropología, Meteorología, Química y Física; Escuelas de Agronomía, Veterinaria, Enfermeras y Bellas Artes; Instituto de Enfermedades Tropicales; Facultad de Ingeniería, Matemáticas y Geografía, con secciones de electrotécnica, termodinámica y física industrial, hidrodinámica e hidráulica, ensayo de materiales y mecánica; Conservatorio de Música; Instituto de Educación Física con: aulas y administración, piscina cubierta, piscina al aire libre con tribunas para 6.000 espectadores, gimnasio cubierto, estadio con tribunas para 20.000 espectadores, cancha para entrenamiento con tribunas para 10.000 espectadores, cancha para campeonato de **basket-ball** con tribunas para 6.000 espectadores, cancha para campeonato de **tennis** con tribunas para 6.000 espectadores, cancha para campeonato de **hockey** con tribunas para 4.000 espectadores, cancha para campeonato de tiro y cancha para entrenamiento de **tennis**. De este programa se encuentran ejecutados los números correspondientes a la Rectoría; dos grupos de casas para estudiantes ya habilitadas; algunas casas para profesores ya habitadas; algunos restaurantes; las Facultades de Derecho y Arquitectura; la Escuela de Veterinaria; el Instituto de Botánica y Mineralogía; la Administración y aulas del Departamento de Educación Física; el Estadio y la Cancha para campeonatos de **basket-ball**. La Facultad de Ingeniería y Matemáticas con todas sus secciones está en construcción y se encuentra muy adelantada. Como es de suponerse realizamos la visita en automóvil.

La edificación es sencilla pero buena; las habitaciones y comedores para estudiantes son confortables; la Facultad de Arquitectura estaba en plena actividad con motivo de una exposición de proyectos; una buena parte del campo se encuentra ya urbanizada con caminos, árboles y grandes parcelas con césped. La visita me dejó la mejor impresión. La

Facultad de Medicina está a la expectativa, pues, aun cuando la idea le parece buena, no se sabe aún si se podrá anexar un hospital a la ciudad universitaria, y en la actualidad se dispone de uno bastante bueno (San Juan de Dios).

Cuando durante mi visita al señor Presidente, el Dr. López me explicó las dificultades con que había luchado al principio-y después que dejó el gobierno y me dió a conocer su decisión de dar cima a la obra, en este su segundo período administrativo, no pude menos de envidiar la suerte de los universitarios colombianos que cuentan con un presidente popular y prestigioso y decidido a llevar a cabo una obra de tan vastas proyecciones. Pero al propio tiempo no pude menos de pensar en nuestras cosas y muy especialmente en nuestras Facultades de Filosofía y Letras, de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y de Ciencias Económicas, todavía a la espera de quien haga mucho menos para ellas. Pensé también en nuestro Hospital-Escuela y en el farol de que me habrían colgado si hubiera estado en mis manos iniciar la realización de un programa parecido. Y como es de suponer no me pareció ya incomprensible la actitud de algunos "Aladinos" plenos de buena fe, que nos ofrecen, en el papel, ciudades universitarias que habrían de alumbrar con sus lámparas maravillosas.

No puedo terminar esta revista de cosas colombianas sin agradecer al Dr. Valenzuela, nuestro Embajador ante el gobierno de aquel simpático país, las atenciones que me dispensó y que facilitaron considerablemente mi actuación durante los cuatro días que permanecí en Bogotá. La ciudad es bien interesante; gobiernos y ediles progresistas han iniciado el ensanche de sus calles y la formación de avenidas y barrios residenciales. Mientras la recorría rendí homenaje a San Martín, frente a su estatua, muy bien emplazada por cierto, y pagué el tributo de mi respeto a Bolívar y a su gran Colombia, visitando la casa en que vivió el Libertador al pie de uno de los cerros que limitan la planta urbana. Dicha casa ha sido transformada en Museo; la imaginación, al recorrerla, cree encontrar, alternativamente, ambientes de gloria y de romance.

El 28 de noviembre salimos para Cali. El Cauca se despeña rápido y ruidoso, calle por medio del Hotel en que nos hospedamos. Dos o tres veces llegamos hasta el puente cercano que vincula los dos cuarteles, en que el río divide a la ciudad. Junto a él, en una plaza, se levanta la estatua de

Jorge Isoocs, en cuyo basamento se advierte una "María" en mármol, llena de juventud y de candor; se cierran los ojos y se vuelve a los años jidos y uno no sabe si ensaya un homenaje al médico romántico o si simplemente cree que volviendo hacia atrás, podrá detener las inexorables agujas del reloj.

Un día en Quito.—En la mañana del domingo 29 abandonamos Cali y descendimos hasta Guayaquil. Desde mucho antes de llegar se domina el Valle del Guayas, caudaloso y turbio, y se divisan los pequeños cerros interpuestos entre la ciudad y el campo de aviación. Al promediar la tarde llegábamos a Quito. La travesía entre Guayaquil y Quito permite, en los días claros, apreciar un espectáculo imponente. El avión asciende; los Andes están al frente; a lo lejos, a mitad de camino, cubierto de nieve se alza el Chimborazo. Repentinamente, después de recorrer un desfiladero, aparece un valle y recostada sobre los cerros, la ciudad de Quito a más de 3.000 metros sobre el nivel del mar.

No es posible llegar a la capital del Ecuador sin visitar sus iglesias, ricas en años, en tallas, en oro y en joyas artísticas de toda clase. Mientras recorría el claustro del convento contiguo a una de ellas, el Sr. de Gangotena y Jijón, director del Protocolo, me hizo conocer un magnífico refectorio en desuso, adornado con muebles antiguos, donde sesiona la Academia de la Historia.

El Ministro argentino, mi viejo amigo Héctor Ghiraldo, tuvo la feliz idea de reunimos en la Legación en un almuerzo con diplomáticos, universitarios y hombres de gobierno. Entre estos últimos se encontraba el Ministro de Relaciones Exteriores Dr. Guarderas, quien durante algún tiempo fué representante de su país ante el nuestro, y el ex-presidente Ayora, uno de los cirujanos más eminentes del Ecuador.

El objeto de mi escala en Quito era interesar al gobierno en la celebración del Congreso Médico Panamericano; sólo podía detenerme veinticuatro horas y por eso no me fué posible aceptar la invitación del Decano de la Facultad de Medicina para visitar la Universidad y los Hospitales. Pero al llegar la noche nos reunimos en una comida íntima y cordial servida en mi honor, a la que fué invitado el Ministro Ghiraldo. Me la ofreció el Dr. Bustamante, con palabras que importan un homenaje para la Cirugía y, por eso, por su belleza, y por la referencia hecha a la Argentina, me

permito transcribirlas. Dijo así: "Profesor Arce, señores: Un notable pensador argentino dijo que la mano es el órgano que hace del hombre un ser superior a los animales. Explicaba su observación, afirmando que la mano humana es capaz de expresar las emociones, las decisiones de la voluntad y los resultados del pensamiento. La mano implora, pide, ordena, amenaza, crea, destruye y consuela; sobre todo consuela. La mano que acaricia al triste es la perfección de lo creado. La mano que, impulsada por el amor tranquilo del sabio y guiada por el cerebro apasionado del hombre que consagra su poder analizante y creador al alivio de la pena, dirige el bisturí, hiende la carne en busca del mal, lo extirpa y lo vence, es la expresión máxima de la sublimidad.

El cirujano, el cirujano moderno, que practica su arte maravillosa a la luz de la ciencia, aparece nimbado por una aureola misteriosa, en la que se confunden las sombras de lo místico con los fulgores de la Verdad; éstos, se descubren con la serena •impasividad del estudio; aquéllas, se desvanecen con la audacia de la inspiración. El Cirujano tiene que amalgamar, en su personalidad compleja, la visión del místico y la realística afirmación del científico. Profesor Arce: La Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Central del Ecuador, ha querido ver en vuestra visita una manifestación de cordial simpatía que vuestra patria — cuyos horizontes espirituales están, no limitados, sino ampliados por la grandeza de las cumbres y la inmensidad de los abismos— hace a la tierra ardiente y soñadora que hoy os recibe. Al estrechar vuestra mano lo hacemos con la emoción del cariño, la sinceridad del respeto y el orgullo de quien recibe un honor. Queremos ostentar como blasón el teneros por nuestro compañero y amigo. Queremos que los gestos audaces, sabios y consoladores de vuestras manos, nos estimulen y nos enseñen. Salud maestro!"

A la mañana siguiente apenas se hizo la luz y se disipó la niebla, volábamos otra vez en dirección de Guayaquil, en cuyo aeródromo me encontré con mi colega y amigo el Dr. Maldonado, actual Rector de la Universidad que ese día celebraba el 15º aniversario de su creación. Como disponíamos de dos horas antes de poder seguir viaje a Lima, aprovechamos ese tiempo para visitar el Rectorado y el aula donde esa misma tarde se celebraría el acontecimiento; para admirar una hermosa muestra de maderas, que constituyen una de las riquezas del país y para recorrer un flamante sanatorio recientemente construido con arreglo a los

más modernos preceptos de la arquitectura y de la medicina.

Al regresar al aeródromo tuve una agradable sorpresa. Me encontré con Eloesser, quien esperaba un avión para seguir viaje al norte, después de haber representado al Colegio Americano de Cirujanos en el Congreso de Santiago de Chile.

Guayaquil, ciudad la más populosa del Ecuador, con muy cerca de 200.000 habitantes, se encuentra totalmente transformada. Una legislación inteligente ha hecho desaparecer muchos edificios antiguos y ha dado lugar a hermosas avenidas y a construcciones antisísmicas, indispensables en esas regiones sujetas a terremotos y temblores y necesarias en la ciudad-puerto, que pone en relación el país con el resto del mundo.

Dos días en Lima.—Entrada la noche del 1^o de diciembre llegamos a Lima. El avión llega del lado del mar y vuela sobre la ciudad; las hileras de luces jalonan-las avenidas que son tantas, tan anchas y tan hermosas, que hacen de la capital del Perú la ciudad mejor trazada de América. Mis amigos, peruanos, suelen sonreír al oírme hablar así; atribuyen mis palabras a la cordialidad peruano-argentina. Nada de eso. En cuanto Lima disponga de medio millón de habitantes más —y va en camino de alcanzarlo pronto— con lo cual dispondrá de la renta necesaria para mantener buenos servicios, la actual ciudad bien trazada, se convertirá en una de las más hermosas capitales del mundo, de tal manera han contribuido la previsión y el buen gusto, para darle su aspecto actual. La vista nocturna desde el "Douglas" no hizo sino confirmarme en esa convicción que tengo desde hace algunos años.

Alberto Uriburu, Embajador argentino, Fortunato Que- sada y José Vélez Conseco, estaban en "Limatambo" (1). El primero nos reunió unos días después, en la Embajada, en un almuerzo al que concurrieron el presidente del Senado y una veintena de médicos y cirujanos amigos, entre los cuales debo mencionar al Dr. Carvalho, ministro de Salud Pública. Estaba allí, también, Juan Antonio Buero, diplomático y hombre público uruguayo, a quien no veía desde

(1) Nombre del aeródromo de Lima.

tiempo atrás; como siempre, cordial, lleno de agudeza y según me dijo, "desde hacía un año, huésped —por unos pocos días— de su hermano", actual representante del Uruguay ante el gobierno del Perú.

Estuve en la Facultad, para saludar al profesor Monje, eminente internista y actual Decano, y a los miembros del Consejo que tenían sesión esa mañana. Visité, además, el Hospital Obrero, en compañía de mi grande y buen amigo el Dr. Graña, cirujano del mismo, y por Vélez Conseco, que no en balde estuvo un año con nosotros en el Instituto de Clínica Quirúrgica, pues nos recuerda con el cariño de un discípulo a Ivanissevich y a mí, y con el afecto de un compañero a todos los médicos del mismo. El Hospital Obrero es un modelo en su género; modelo de arquitectura; de equipo; de instalaciones; de organización y de funcionamiento; mientras se lo recorre, se advierte en él, el sello de los grandes y modernos hospitales norteamericanos, los mejores del mundo. Agréguese el espíritu animador de Graña y demás colegas peruanos, que trabajan con evidente entusiasmo y se comprenderá la impresión que me ha causado y que aprovecharé, ahora que planeamos nuestros Hospital-Escuela.

Especialmente invitado asistí a una sesión de la Sociedad "Daniel Carrión" que anualmente celebra jornadas médicas; antes del programa científico, el presidente rindió homenaje a la medicina argentina; lo agradecí debidamente. Asistía el Embajador Uriburu.

Esa noche Graña y Quesada me hicieron gustar, por primera vez en la vida, las delicias de la cocina "china", en uno de los restaurantes de esa nacionalidad que abundan en un barrio de Lima. Comí todo cuanto me ofrecieron —alguna cosa sin saber qué era— pero no me fué posible hacer uso de los palillos que usan en Oriente y que el Dr. Graña maneja como si hubiese nacido en el mismo Pekín.

Como estaba previsto, visité al señor Presidente Prado, interesándolo por la celebración del Congreso Médico Panamericano.

La víspera de mi partida, a mediodía, el Dr. Graña nos obsequió con un almuerzo de platos peruanos. El ágape tuvo lugar en su casa, hermosa construcción de estilo español, en una de cuyas habitaciones hay una soberbia cabeza de toro de lidia, negro, entre decenas de fotografías de Belmon- te. Una de las sorpresas más interesantes de este almuer

zo fué la de saber que, ese día, había cocinado el propio Dr. Graña, quien parece sabe hacerlo a maravilla.

Por la noche el ministro Carvalho me invitó a comer en compañía de un buen número de colegas. Para qué decir que la mesa estuvo muy bien servida; pero lo mejor de todo resultó una polémica taurina entre los Dres. Gastagnetta y Graña. La preparación de éste en lides tauromáquicas me era conocida desde la mañana; pero confieso que ignoraba la del Dr. Gastagnetta, uno de los más célebres cirujanos de Lima.

El 4 de diciembre partimos para Santiago de Chile donde apenas pude cambiar algunas impresiones con mi buen amigo el embajador Güiraldes y mis colegas Vargas Salcedo y Urzúa.

En la tarde del 6 aterrizábamos en Morón, de donde habíamos salido setenta días antes. El viaje había terminado.

Mar del Plata, enero de 1943.